



CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA (1).

I.

Querido Jorge: Desde hace una semana tengo pendiente contigo una deuda, y quiero demostrarte que no recojo nunca las palabras una vez empeñadas.

Al cumplir la mia exijo, en justa reciprocidad, que procures hacerte cargo de la serie de cartas que inicio con la presente, persuadido de que las dicta mi buen deseo y de que no tienen más objeto que hacerte comprender, en tono de broma, un asunto muy serio.

Mi correspondencia, aunque par-

(1) Agotada la numerosa edicion de este trabajo, uno de los que mayor reputacion han dado á su autor, y cuyo elogio queda hecho con sólo decir que ha sido traducido al frances y al portugués, creemos que nuestros lectores nos agradecerán su reimpression.

(N. de la R.)

ticular, no teme la publicidad; puedes por lo tanto enseñarla á tus amigos, y muy especialmente á los que no profesen la virtud del trabajo, que algo podrian ganar leyéndola.

Y con esto cierro el preámbulo, pues me consta que no eres muy aficionado á ellos y nos falta mucho camino que recorrer.

Ocho dias hace que me referiste, en amistoso diálogo, lo poco que te sacaba á paseo tu papá, á causa de sus continuas ocupaciones, que tan pronto le llaman al Ateneo como á la junta para la reforma arancelaria, como á las sesiones del Congreso, como á las muchas Sociedades de economía política, en que brilla por su elocuente palabra no ménos que por su autorizada opi-

nion. Esto me añadiste que te privaba, no sólo de pasear, sino también de distraerte en casa con lecturas amenas, pues la biblioteca de tu papá sólo se componía de nombres raros de algunos autores, como Bastiat, Molinary, Ott, Say, Rossi, Smit, Montesquieu y otros que no querías recordar.

En aquel momento concebí la idea de hacerte comprender lo injusto que eras para con dichos autores, á los que debe su engradecimiento la ciencia económica; pero á poco empecé á dudar si realizaría ó no mi propósito: ya sabes mejor que yo, que de dudar en hacer algo á no hacerlo sólo hay un paso.

Acabó de decidirme al silencio lo que me dijiste luégo de que, á pesar de que habías abierto algunas veces aquellos libros, ninguna los habías comprendido, y entónces fué cuando te prometí escribirte varias cartas que te facilitasen comprenderlos.

Esto es lo que empiezo hoy á ejecutar á fin de reconciliarte con la biblioteca de tu papá, cuya quinta esencia se encuentra en las siguientes palabras del Antiguo Testamento:

Ganarás el pan con el sudor de tu rostro,

completadas con los preceptos del Decálogo.

Tengo la creencia, amigo Jorge, de que lo primero que en este

mundo se debe poseer para el logro de cualquier objeto, es una varita de virtudes cuyo nombre no es difícil averiguar. Esta varita ilumina la inteligencia, robustece el cuerpo, persigue lo desconocido y arrolla todos los obstáculos.

Para convencerte de la razon que me asiste, quiero que recuerdes tu última enfermedad. Empezabas á entrar en la convalecencia, y tu niñera, con un cariño mal entendido, te llevó, sin que lo vieran tus papás, un poco de dulce que te habías obstinado en comer. El resultado de aquella imprevisión pudo costarte la vida; pero el médico que te visitaba logró conjurar el peligro, y cuando éste hubo pasado, tu mamá se constituyó en enfermera para obedecer ciegamente los preceptos del doctor, y un dia dándole un caldo, al siguiente una taza de sopas, al otro un poquito de gallina, y aumentándose progresivamente la ración, has llegado á comer lo mismo que ántes de tu enfermedad.

Tu vida habia estado en peligro; pero la varita milagrosa, más fuerte que la enfermedad, habia verificado tu curación.

Ya habrás comprendido que la varita es el método.

Consecuente con esta creencia, te suplico que no dejes de leer ninguna de mis cartas, so pena de que te suceda lo que ocurría en aquel

cuento de Sancho Panza, que allí daba fin donde se perdía la cuenta de las cabras que llevaba pasadas en su barca aquel pastor que huía de su pueblo perseguido por la pastora Marcela.

Pero se acaba este pliego de papel y con él mi carta primera: para las siguientes emplearé otro de marca doble.

Entretanto, recuerda siempre que te fijas en la biblioteca de tu papá, que aquello es un dulce muy sabroso y que allí lo tienes siempre á tu disposición; pero que tu estómago es aún muy débil y debes seguir sometido al régimen de los caldos.

¡Ojalá que no se te ocurra decir que huelen mis cartas á puchero de enfermo!

II.

Hace una semana te escribí mi primera carta, y convencido de que tendrías un buen rato al recibirla, no vacilo en proseguir nuestras relaciones epistolares, por más de que estemos á *media correspondencia*, como el pretendiente andaluz con el ministro; es decir, que yo escribo y no me contestas.

En los ocho días trascurridos hemos adelantado mucho camino; tanto, que hemos llegado al pié de la montaña, que no otra cosa parece desde léjos la economía política. Cierto que nos queda todavía un trozo de mal camino, y como éste

debe andarse pronto, quiero que en esta carta lo salvemos.

Primer tropiezo: *¿qué es la economía política?*

La economía política, segun unos es una ciencia, y segun otros un arte. Yo, que no quiero enemistarme con ninguno, debo decirte que es una ciencia y que es un arte.

Sostienen los primeros que la economía política es ciencia, porque se fija en los resultados del trabajo del hombre y deduce una serie de verdades y principios incontrovertibles: afirman los segundos que es arte, porque la economía política es una serie de reglas y principios para que el trabajo del hombre sea productivo.

No te extrañe esta diferencia de apreciacion: más de una vez, tratándose, por ejemplo, de la medicina, habrás oído decir á unos que es la ciencia de curar, y á otros que es el arte de curar. Iguales dudas, pues, que en la economía política, é igualmente infundadas en mi opinion. Voy á tratar de explicártelo.

El médico, como sabes, ántes de llegar á serlo, tiene que dedicarse á muchos y diferentes estudios: analiza la estructura de nuestro cuerpo; se fija en los caracteres y propiedades de las plantas, de los minerales, de los cuerpos líquidos y gaseosos; estudia el desarrollo del niño, las enfermedades de la mujer, todas las contingencias á que

se halla expuesta la complicadísima máquina humana; consulta la historia de la medicina; sigue la marcha de una enfermedad desde que se manifiesta hasta que se termina, y uná vez poseedor de todos los conocimientos *científicos necesarios* para el ejercicio de su profesion, empieza á visitar los enfermos. Como, segun sabes perfectamente, el arte no es otra cosa que una coleccion de reglas para ejecutar bien una cosa, cuando el médico llega á la cabecera del doliente analiza su enfermedad, comparando sus síntomas con los de otras que ha estudiado, y procura destruirla mediante ciertos principios ó reglas sancionados por la práctica ó fundados lógicamente en las verdades de la ciencia. El médico, por lo tanto, ha estudiado la *ciencia de curar* y ejercita el *arte de curar*.

No sé si me habré explicado con claridad. Por si acaso no lo hubiera hecho, quiero ponerte otro ejemplo.

Las matemáticas, á que segun mis noticias no eres muy aficionado, son una serie de verdades demostradas, ó lo que es igual, una ciencia; pero trata el arquitecto de levantar una casa, y valiéndose de aquellas verdades para que el edificio sea regular en sus proporciones y para combinar la resistencia de los materiales y que no suceda con él lo que con *el palacio hecho á prueba, que mientras se ponía el tejado se*

hundia por la cueva, ejercita, como comprendes, un arte.

Con estos dos ejemplos te persuadirás de la íntima relacion que existe siempre entre el arte y la ciencia, pues como dice uno de los libros de la biblioteca de tu papá, «desde el instante en que se tratan de hacer aplicaciones de la ciencia se cae en el arte»; y volviendo á nuestra economía política, quiero darte ya la definicion que de la misma se encuentra en varios autores, concediéndoles, para no reñir, que es una ciencia.

«La economía política, dicen, trata de la produccion, circulacion, distribucion y consumo de la riqueza.»

Debo advertirte de paso que riqueza no es lo que vulgarmente se entiende por esta palabra, sino todo lo que puede ser útil al hombre y satisfacer sus necesidades físicas, morales ó intelectuales. Esto te sorprenderá, y sobre todo cuando medites en que por este principio muchos tienen una gran riqueza y se mueren de hambre.

Testigos de ello todos los sabios habidos y por haber.

Pero dejando esto aparte para explanarlo en mejor ocasion, quisiera que analizásemos un poquito más la definicion que acabo de darte.

Dije que la economía política es la ciencia que trata de la produccion; y como para producir algo es pre-

ciso trabajar algo, creo que la economía política podía definirse mejor llamándola *la ciencia del trabajo*.

Ya sabes que el hombre nace sujeto á él; pero el trabajo impuesto al hombre por el Hacedor no es un castigo, sino el medio de llegar á su dicha y bienestar.

Por eso debemos bendecir el trabajo un dia y otro dia, pues él nos relaciona con Dios.

Sin el trabajo, la tierra que dió espontáneamente sus frutos en un principio, los hubiera visto destruidos por completo, y la humanidad no podría satisfacer las primeras necesidades del cuerpo.

Sin el trabajo, el hombre hubiera dado rienda á sus malos instintos, á los que hubieran seguido los vicios más repugnantes y los crímenes más espantosos. Sin el trabajo, no se hubiera establecido la familia, base de la sociedad humana. Para comprender bien la diferencia que establece el trabajo entre unos y otros hombres, fijate en los pueblos salvajes que aún hoy vejatan miserablemente, devorando acaso á sus hijos, errantes siempre y llenos de necesidades y miseria. Contempla en seguida á los pueblos civilizados, y despues de fijarte en la constitucion de las naciones, concede un instante solamente de reflexion á tres inventos: la imprenta, que te hace conocer las ideas de tus semejantes; el vapor, que te hace estre-

char los vínculos de fraternidad con otros pueblos de quienes te separan los más altos montes y los más extensos mares; la electricidad, que te hace conocer instantáneamente, fuera de otras aplicaciones, lo que ocurre á una prodigiosa distancia tuya. Reflexiona que estos grandes inventos, permitidos por Dios á la criatura en premio de su trabajo, no son los únicos del hombre, que ha logrado tambien elevarse en los aires con un pedazo de tela, descender á los senos de la tierra en busca de riquezas, y aprisionar el sol en una cámara oscura, hasta dejar impreso cualquier objeto sobre un pedazo de papel.

Pues si tales portentos obra el trabajo, tratemos de encaminarle bien desde su origen.

¿Cómo lo conseguiremos? Estudiando la economía política.

Ya ves, amigo Jorge, cómo en una breve carta hemos logrado llegar á la cima de la montaña sin fatigarnos mucho por cierto. Ahora, que hemos concluido por hoy nuestros paseos, empieza á poner en práctica las ideas que trato de inculcarte. Abre el libro de matemáticas que tenias arrinconado y estudia un rato, persuadido de que todo trabajo es útil: la leccion que hoy aprendas te facilitará la de mañana. La suma de conocimientos que adquirieras te producirá desde luégo la riqueza intelectual, y más adelante

un título que satisfaga tus necesidades físicas y morales.

El juéves próximo recibirás otra cartita mia, en la que procuraré manifestarte, con la brevedad que me he propuesto, las relaciones de la economía política con las demas ciencias, y darte la explicacion de algunas palabras que estás usando

continuamente sin saber lo que significan, como el personaje de una comedia del teatro frances que habia estado hablando en prosa cincuenta años sin aperibirse de ello.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA NIÑA HUÉRFANA.

Ya blanquean los montes
La nieve del invierno,
Ya pasaron los dias
Felices y risueños
En que la niña oraba
De su madre en el seno,
Las manos enlazadas,
Los ojos en el cielo.

—
Ya la madre no cuida
De vigilar su sueño ;
Ya cuando ella despierta
Halla el hogar desierto,
Y no viene su madre
Á cubrirla de besos
Y á llenar de alegría
Aquel triste aposento.

Ya un año se ha cumplido
Que abandonó este suelo
La madre en que adoraba
La niña de este cuento.

Ya murió su alegría,
Ya cesaron sus juegos.
Ya sólo tiene flores,
Amor y pensamientos
Para su pobre madre,
Que es su único consuelo.
Por ella cada noche,
Como en mejores tiempos,
Reza la hermosa niña
Y eleva á Dios sus ruegos,
Las manos enlazadas,
Los ojos en el cielo.

—
RICARDO SEPÚLVEDA.



EL DEDAL.

Hé aquí la historia tradicional de este protector escudo de los dedos de las niñas contra las malas partidas de las agujas, porque el dedal tiene su historia, su leyenda y su poesía.

El dedal es de origen breton.

Una bella y honrada costurera de Quimper, llamada Anita, partía ordinariamente sus ganancias con los peregrinos que desde la Tierra Santa se dirigían al monte de San Miguel: en cambio de sus beneficios, aquéllos le regalaban las conchas con que adornaban sus sayales.

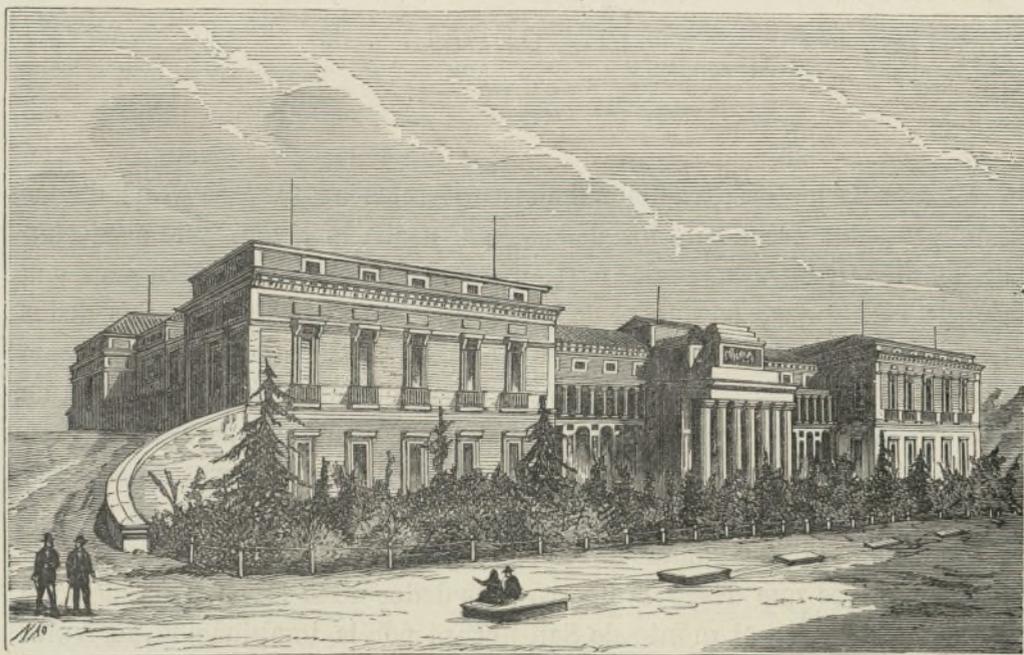
Un día, el diablo, á quien disgustaba la virtud de la jóven, se propuso extravíarla, y para conseguirlo, hizo pasar por delante de su ventana á una porción de hermosos pajes, de seductores bardos, que cantaban lindísimas canciones celebrando sus gracias.

Pero todos sus recursos fueron inútiles; Anita no levantaba la vista de su costura y dejaba pasar á los enamorados donceles sin hacer caso de ellos. Para vengarse de su indiferencia, el diablo, que podía en-

cantar las agujas, se valió de las que usaba la jóven, y le obedecían de tal modo, que no daba una sola puntada sin clavárselas. Sus dedos estaban lastimados y no sabían qué hacer, cuando llegó á la puerta de su casa un nuevo peregrino, y en cambio de sus socorros le dió una concha más pequeña que las demás, y que por su forma se adaptaba á los dedos de la jóven. Una idea que cruzó por la imaginación de Anita la impulsó á guarnecer su herido dedo con la concha bendita, y desde entónces, no sólo cesó de sufrir, sino que el diablo tuvo que irse con la música á otra parte, reconociendo que había perdido el tiempo.

Desde aquel momento el primer dedal fué, y después ha llegado á ser tan indispensable y tan querido, que se ha empleado para fabricarle el marfil, la plata y el oro.

Por mi parte, no sé hasta qué punto aceptará la Academia de la Historia esta versión; pero de todos modos me ha parecido digna de transmitirla á mis lectoras.



EL REAL MUSEO DE MADRID.

Al pié de la cuesta de San Jerónimo, entre la llanura del Prado y el moderno Parque de Madrid, antiguo Buen-Retiro, levántase el notable monumento que la bondad del rey Cárlos III consagró á Museo de Ciencias Naturales, y en el cual dejó impreso Juan de Villanueva, su arquitecto, el sello de buen gusto que á todas sus obras caracterizó. Constituye su planta un paralelogramo entre dos cuadrados, y su fachada principal está compuesta de una galería doble, entre dos cuer-

pos avanzados é interrumpida en el centro por un peristilo saliente de carácter dórico y de la altura de las dos citadas galerías. Sobre la cornisa de dicho peristilo arranca un ático, en cuyo cuerpo central y en relieve se ve á las artes recibiendo coronas de manos de Minerva.

La idea de formar un rico Museo de Pinturas, utilizando para ello las admirables obras de arte repartidas en los palacios reales, en los conventos y otros edificios del

Estado se debe al rey José I, cuya conducta forma, por cierto, notorio contraste con la de algunos de sus generales, que tantos tesoros nos arrebataron en la época de la invasión; pero aquel laudable deseo sólo alcanzó una ejecución mez-

quina y provisional hasta que, restablecida la monarquía legítima, pudo pensarse en empresas pacíficas y encaminadas al fomento artístico y material de la patria. En 1819 quedaba, pues, instalado el actual Museo, aunque en propor-



ciones tan exiguas que sólo encerraba trescientos once cuadros entre las primitivas tres salas que lo constituían. Aumentos y reformas sucesivas han acrecentado los tesoros artísticos del Museo del Prado, siendo de justicia consignar el empeño con que todos los reyes y todos los

gobiernos han tendido al brillo del establecimiento en cuestión. Confiada hoy la dirección artística del mismo al notabilísimo pintor catalán D. Francisco Sans, se han llevado á efecto recientemente importantísimas mejoras. Sensible es, como observa un elegante escritor,

que en nuestro Museo, acaso el más rico del mundo en obras de primera importancia, falten elementos para el estudio de la historia del arte y sean escasas las obras anteriores del siglo xvi.

Los aficionados á las bellas artes encuentran en las salas de nuestro Museo numerosas y admirables obras de Rafael de Urbino, Leonardo de Vinci, Andrés del Sarto, Guido-Reni, Veronés, Tintoretto, Alberto Durero, Cláudio de Lorena, Van-Dyck, Rubens, Juan de Jua-

nes, Morales, Alonso Cano, Velazquez, Rivera, Murillo, Zurbarán, Berruguete, Gallegos, Carreño, Ribalta, Mazo, Pareja, Goya, Rivera, y tantos otros genios como han enaltecido el arte pictórico.

La seccion de escultura, poco numerosa y ménos ordenada, encierra no obstante algunas, aunque muy pocas, muestras del admirable arte griego y otras modernas de mérito positivo.

O. Y B.

LOS DOS VIAJEROS.

(DEL INGLÉS.)

En la misma direccion,
Y por el mismo camino,
En grata conversacion,
Juntos con igual destino
Marchaban Juan y Ramon. |
De pronto Ramon, miró,
En el camino tirado
Un bolsillo; se bajó
Á cogarle apresurado
Y muy contento exclamó:
— «¡Por el cielo! esta mañana
Estoy de suerte, á fe mia:
Dichoso comienza el dia,
Y la fortuna se afana
En procurarme alegría.»
—¿Cómo es eso? exclamó Juan;

No eres tú el favorecido,
Porque cuando juntos van
Dos amigos (es sabido),
Parte de todo se dan.
—No señor, dijo Ramon;
Yo solo encontré el dinero,
Y es mio, por precision.
—Pues yo, dijo el compañero,
Tengo participacion.—
Estando en esta querella,
Junto á una aldea llegaron,
Y no bien de ella pasaron,
Vieron salir hombres de ella
Y estos gritos escucharon:
—« Á ese! Cogedle! Al ladron!
Matadle sin compasion,

Que ese bolsillo ha robado.»
 —¡Ay Dios! exclamó Ramon,
 ¡Buen viaje hemos echado!
 ¡Qué mala suerte tenemos!
 Por muy bien que nos libremos,
 Algo hemos de padecer,
 Y en la cárcel dormiremos

Si nos llegan á prender.
 Juan entonces dijo:—«Amigo,
 Pues que con tanta falacia
 No partiste *el bien conmigo*,
 Ahora que estás en *desgracia*,
Guárdate solo el castigo».

VENTURA MAYORGA.

ENRIQUE EL ENVIDIOSO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

(Conclusion.)

ESCENA VIII.

Dichos, JUAN (*por el fondo*).

JUAN. (*Desde la puerta.*)
 Señorito don José,
 ¿Quiere usted hacer el favor
 De venir, con el permiso
 Del niño?

PEPIT. Sí, sí; allá voy.
 (*Bajo á Enrique.*)
 (No olvides lo que te he dicho.)

ENRIQ. ¡Déjame en paz! (*Brusco.*)

PEPIT. Pues, adios.
 (*Vase con Juan por el fondo.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE solo.

A él le llaman señorito
 Y á mi niño; esto es atroz.
 Y me dice que papá
 Me quiere... es mentira, no.
 Papá no me quiere nada
 Y me odia de corazón.
 Yo soy aquí un mequetrefe
 Y mi hermano es un señor.
 Y me llaman envidioso
 Por eso. ¡Qué sinrazon!
 Porque quieren despreciarme

Y que me aguante. Pues no;
 Quiero que todos lo sepan
 Y decirlo en alta voz. (*Muy fuerte.*)

ESCENA X.

ENRIQUE, D. LUIS (*por la derecha*).

D. LUIS. ¿Por qué gritabas, Enrique?
 ENRIQ. Por nada. (*Cortado.*)

D. LUIS. He estado en las tiendas
 Y he hecho una compra magnífica.

ENRIQ. ¿Magnífica?

D. LUIS. Sí; muy buena.
 Pero ¿dónde está Pepito?

ENRIQ. Allá dentro.

D. LUIS. Pues que venga
 Es necesario.

ENRIQ. Ahora poco
 Le llamó desde la puerta
 Juan.

D. LUIS. Corriente. Pues os traigo
 Un buen regalo.

ENRIQ. ¡De veras!

¡A verlo!

D. LUIS. Ya lo verás
 Cuando Pepito lo vea,
 Que no quiero que en mis hijos
 Haya alguna preferencia,
 Sino los dos igualitos.

ENRIQ. Está bien; como usted quiera.
 D. LUIS. ¡Pepito, Juan! (*Llamando.*)
 PEPIT. (*Dentro.*) ¡Allá voy!
 JUAN. ¡Voy, señor! (*Dentro.*)
 D. LUIS. En cuanto vengan
 Vas á saber lo que traigo,
 Y verás dos cosas buenas.

ESCENA XI.

Dichos, PEPITO y JUAN (*por el fondo.*)

PEPIT. ¿Qué me manda usted, papá?
 JUAN. ¡Señor!
 D. LUIS. Ven. (*A Pepito.*)
 Y tú, Juan, entra.

(*Juan se adelanta.*)

ENRIQ. (¿Qué será?)
 PEPIT. (Ahora veremos.)
 D. LUIS. Quiero daros una prueba
 De mi acendrado cariño.
 Como por desgracia nuestra
 No teneis madre, yo quiero
 Endulzaros esa pena
 Con pruebas de mi cariño
 Que á los dos nunca escasean.
 Aquí teneis dos relojes
 (*Sacando dos cajas del bolsillo.*)
 Con sus preciosas cadenas.
 Este para Pepe, y este (*Le da uno.*)
 Para Enrique. (*Le da el otro.*)

JUAN. (*Despues de abrir las cajas.*)
 ¡Buenas piezas!
 Son dos relojes magníficos.
 PEPIT. ¡Qué cosa tan linda! (*Por el suyo.*)
 D. LUIS. ¡Ea!
 Ahora voy á mi despacho,
 Que el dependiente me espera
 Para que le satisfaga
 Del relojero la cuenta.
 (*Vase derecha.*)

ESCENA XII.

Dichos, ménos D. LUIS.

(*D. Luis se esconde detras de la puerta.*)

JUAN. (Pronto se va á armar el lio.)
 PEPIT. Estoy contento.
 ENRIQ. Yo no.
 PEPIT. ¿Por qué? (*Asombrado.*)
 ENRIQ. Porque tu reló
 Es mucho mejor que el mio.
 JUAN. (Ya empieza.)
 PEPIT. Pues al contrario,

Porque el tuyo es de más moda.
 ENRIQ. Pues á mí no me acomoda
 El mio.
 PEPIT. ¡Qué visionario!
 ENRIQ. El tuyo tiene un esmalte
 Precioso y el mio es liso.
 PEPIT. Liso es la moda.
 ENRIQ. ¡Preciso!
 Conseguirás que me exalte
 Con tus cosas y tus...
 PEPIT. Chico,
 Te engañas.
 ENRIQ. Si bien se ve,
 Mi cadena es de doublé
 Y la tuya de oro rico.
 PEPIT. ¿Quieres cambiar?
 ENRIQ. ¡Ya lo creo!
 PEPIT. Pues toma este; dame el tuyo
 Y no arguyas.
 ENRIQ. Yo no arguyo.
 (*Cambian los relojes.*)
 PEPIT. Ya se cumplió tu deseo.
 ENRIQ. (Como que era para él,
 Era mejor, claro está.)
 PEPIT. ¿Y si se enfada papá?
 ENRIQ. ¡Cá, no!
 JUAN. (¡Pues vaya un pastel!)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, D. LUIS.

(*D. Luis trae un papel en la mano.*)

D. LUIS. Vamos, ¿qué os han parecido?
 PEPIT. Que á los dos nos han gustado.
 D. LUIS. ¡Qué es esto!
 (*Al ver que Enrique se está poniendo el reloj
 de Pepito.*)
 ENRIQ. Que lo he cambiado.
 D. LUIS. ¡Cambiado!
 PEPIT. Así lo ha querido
 Enrique.
 ENRIQ. Esa es la verdad.
 D. LUIS. Mas yo el suyo á cada uno
 Traje, y no debe ninguno
 Contrariar mi voluntad.
 ENRIQ. ¡Si á mí me gusta este más
 Y ese me hace poca gracia!
 D. LUIS. Esa será una desgracia
 Para ti.
 JUAN. (*Sonriendo.*) (¡Pues!)
 D. LUIS. Se lo das
 Ahora mismo.

ENRIQ. Pero si
Me gusta mucho.

D. LUIS. Corriente.
¿Y tú? (A Pepito.)

PEPIT. Me es indiferente.

D. LUIS. (A Enrique.)
Pues bien; sea para tí,
Pues lo quieres.

ENRIQ. Sí, señor.

JUAN. Justo es que lo manifieste.

ENRIQ. Yo no dudo; quiero este,
Aunque aquel sea mejor.

D. LUIS. Conforme. Vais á saber
Lo que los dos me han costado.

ENRIQ. ¿Es mucho?

D. LUIS. Es un buen bocado.

JUAN. ¡Ya lo creo!

ENRIQ. ¿A ver?

PEPIT. ¿A ver?
(Se acercan á ver la cuenta.)

JUAN. Son caras esas recetas.

D. LUIS. (Leyendo.)
Un cilindro de doublé,
Esmalte y cadena...

ENRIQ. (Con ansia.) ¿Qué?

D. LUIS. Setenta y cinco pesetas.

PEPIT. Quince duros.

ENRIQ. ¡Qué barato!

D. LUIS. Hoy vale muy poco esto.
Tal vez esté descompuesto
O roto dentro de un rato.

ENRIQ. ¿Y el de Pepe?

D. LUIS. Es de más gusto,
Y muy bueno; es un tesoro.
(Leyendo la cuenta.)
Áncora y cadena de oro,
Quinientas pesetas.

PEPIT. Justo.
Cien duros.

ENRIQ. ¿Dos mil?...

D. LUIS. Cabal.

PEPIT. (A Enrique.) Tuviste un capricho
raro.)

D. LUIS. El de Pepe es bueno, y... claro,
Ha costado un dineral.

ENRIQ. Pero ese era para mí.

PEPIT. Tú lo has querido cambiar.

ENRIQ. Ahora me lo vas á dar.

PEPIT. ¡Cómo!

JUAN. ¿Qué?

D. LUIS. ¡Enrique! ¡Alto ahí!
¿Descambiarlo?... no señor,
Aunque cueste lo que cueste.
Dijiste: «me gusta este,
Aunque ese sea mejor».
Y estás muy bien castigado,
Pues verás en tu conciencia
Que es justa la penitencia
Que te ha impuesto tu pecado.

PEPIT. Yo se lo cedo.

D. LUIS. No tal.
Pues de la envidia al abrigo,
Bien es que sufra el castigo
Que merece el criminal.

ENRIQ. Perdon. (Hincándose de rodillas.)

D. LUIS. Muy bien; si este sano
Castigo logra curarte,
Prometo que he de comprarte
Otro como el de tu hermano.

JUAN. (¡Vaya un mico!)

D. LUIS. El que es malvado
Y en sus pasiones se exalta,
Sabed que su misma falta
Le lleva á ser castigado.
Amaos siempre los dos;
Sed buenos y cariñosos,
Y ved que á los envidiosos
Jamás los ampara Dios.

CAE EL TELON.

MANUEL GENARO RENTERO.



EL PÁJARO DE MARGARITA.

Asomábase con frecuencia á la ventana de una bohardilla una niña de siete á ocho años, cuya atencion absorbía por completo la vista de un objeto que parecia excitar su admiracion y su deseo. No era éste otro que el aspecto de un elegante gabinete con mirador, en el que sus dueños colocaban, cuando hacia buen tiempo, una pajarera adornada con una bola de cristal que reflejaba multitud de colores y cuyas campanillitas doradas brillaban al sol.

Margarita no apartaba la vista de tan precioso espectáculo, pues los lindos pajaritos encerrados en la pajarera la maravillaban, y oia con gran delicia su canto. De esta manera se pasaba largas horas contemplándolos.

¡Cuánto envidiaba la suerte de la niña á quien pertenecian aquellos pájaros! Esta última, por el contrario, enfermiza y mimada, les consagraba muy escasa atencion.

Un dia, por el mes de Mayo, el tiempo era apacible, el sol espléndido, y Margarita, comiéndose un pedazo de pan, miraba, como siempre, á la linda pajarera.

Algunas migajas de pan caian en el canalon, cuando de repente un gorrion nuevecillo se lanzó desde una chimenea vecina y vino á po-

sarse sobre el tejado, cerca de donde estaba Margarita.

Un gato, que precisamente acechaba una ocasion, se lanzó á atrapar al imprudente, en el cual hubiera bien pronto hecho una espantosa carnicería, cuando Margarita, más lista aún, se apoderó del pobre pajarillo, defendiéndole de su enemigo, que se retiró contrariado y con enojo.

La niña tenía el pájaro en la mano, y lo acariciaba sin cesar á fin de tranquilizarlo, y devolver la calma á su corazon que latia fuertemente y todo su cuerpo temblaba. Margarita cerró la ventana, y siguiendo los consejos de su madre, deshizo en migajitas un poco de pan y se las dió de comer al pajarito; bien pronto se reanimó éste, y entónces la niña, llena de alegría por el suceso, se propuso criarle y domesticarle.

Al dia siguiente, tan pronto como principió á clarear, los píos del pajarito pidiendo con impaciencia su alimento despertaron á Margarita; esto llegó á convertirse en una operacion diaria y constante, porque los gorriones tienen buen apetito.

Desde entónces la niña no volvió á mirar más la linda pajarera: to-



dos sus cuidados se dedicaban al pájaro salvado por ella de la muerte, y éste demostraba su agradecimiento por sus píos y sus aleteos.

Pronto llegó á comer solo y revolotear por la bohardilla colocándose sobre los hombros de Margarita.

Pero un dia llevó ésta un susto muy grande al ver que el gorrion tomó vuelo y se fué de un tiron al vecino mirador, donde se posó; creyó le perdía para siempre, pero al fin tuvo la alegría de verle volver á su llamamiento, partir y tornar otra vez.

Poco á poco Margarita se acostumbió á ver al pájaro gozar de libertad y volver á la bohardilla, cual un asilo contra los peligros de la noche.

Era tan dichosa que no habia vuelto á mirar á la pajarera, y únicamente lo hacia cuando su gorrion revoloteaba alrededor para comer los granos que caian de ella.

La niña á quien pertenecia la pajarera habia pasado enferma la mayor parte del invierno, y la hacian que disfrutase algunas veces del templado ambiente de la primavera en el mirador; miraba á sus pájaros por costumbre, y, como niña sin gusto, no hacia caso de ninguno de los juguetes de que estaba rodeada.

No obstante, habíase fijado en el pájaro de Margarita, y con mirada envidiosa seguia los movimientos del gorrion; llamábale tambien,

pero en vano: huía siempre con direccion á la bohardilla. La enfermita llegó á verse dominada por un pensamiento fijo, un deseo: el poseer aquel pájaro.

La madre de Margarita era pobre; el invierno habia sido muy riguroso, habia faltado trabajo con frecuencia, y la madre de la enfermita habia enviado con diferentes pretextos bastantes socorros que aliviaron la triste situacion de la pobre familia. Así es, que cuando supo que la rica vecinita deseaba el gorrion domesticado, hizo todo lo posible para decidir á su hija á que se lo diese. Fué preciso acudir á su buen corazon, pero el sacrificio era muy grande; Margarita no tenia ni un juguete, ni áun una muñeca; su pájaro era toda su alegría, y separarse de él le parecia imposible.

En fin, un dia que la enfermita estaba más triste y más lánguida aún que de costumbre, Margarita se decidió, no sin verter algunas lágrimas, á llevarle su gentil gorrion; le colocó sobre sus hombros, y le besaba al subir las escaleras; el gorrion á su vez la picoteaba la mejilla. Margarita pasó adonde estaba la enfermita y la dió el pájaro tan deseado.

Tan luégo como ésta lo cogió, principió á acariciarlo, besándolo y jugando con él; pero bien pronto se cansó, y temiendo que se le escapara, abrió la pajarera, y hete aquí

prisionero al pobre gorrion. Este revoloteaba alrededor de los alambres de la jaula, á riesgo de troncharse las alas; se enfurecia con los obstáculos, hasta que jadeante y magullado, se dejó caer refugiándose en un rincon de la pajarera con las plumas erizadas, y durante algunas horas no tomó ningun alimento.

La enfermita vió esto al principio con extrañeza, despues con inquietud; temia que se muriese, pues su madre la habia dicho que no podria vivir en jaula como los pájaros nacidos en ella y que jamás han conocido la libertad.

Llamó, pues, á Margarita, que puesta tristemente de codos sobre la ventana, miraba á su pobre pa-



jarito cautivo; la niña fué corriendo, abrió la jaula, y á su vista el pájaro lleno de alegría se posó sobre sus hombros y de un vuelo se fué á la bohardilla: entónces comenzó á píar con alegría como festejando su libertad.

Margarita, sin embargo, fué recompensada y colmada de regalos y juguetes; mas todo esto fué para ella de mucho ménos júbilo que el haber recobrado á su querido gorrioncito, que siempre permaneció

fiel á su albergue y no dejó de responder á su voz.

Entónces la madre de Margarita la demostró que hay alegrías para los pobres como para los ricos; que es preciso saber conformarse con las que Dios nos da, y sobre todo no envidiar jamás el bien ajeno; porque la envidia es una falta tan horrible que lleva en sí misma su castigo, haciendo desgraciados y tristes á los que la poseen.

A. VEGA.